



Homilía funeral padre Beltrán Villegas

Nos hemos reunido como creyentes para despedir a nuestro hermano Beltrán. Lo despedimos con un corazón agradecido, porque todos los que estamos acá hemos recibido mucho de él. Su vida fue larga y fecunda, vivida con mucha coherencia, con hondura humana y cristiana.

Recordemos brevemente el camino de Beltrán. Nació en Santiago en mayo de 1919, como el menor de una familia de cuatro hermanos. En el bautismo recibió el nombre de Alberto. Después de haber cursado su enseñanza básica y media en el Colegio de los SS.CC. de Alameda ingresó a la Congregación a inicios de 1936. Allí cambió su nombre bautismal por el de Beltrán, en memoria de su abuelo materno Beltrán Mathieu. Efectuó su primera profesión religiosa el 27 de marzo de 1937, en Valparaíso, en la simbólica fecha del centenario de la muerte de nuestro Fundador. Fue ordenado presbítero el 19 de septiembre de 1942; es decir, cumplió hace pocos días 77 años de vida sacerdotal.

Terminado su proceso de formación fue destinado al colegio de Concepción, en el cual permaneció por dos años. En 1945 fue trasladado a Los Perales como profesor del Escolasticado, iniciando un servicio teológico que ejercerá hasta el fin de sus días. En octubre de 1947, enviado por su superior provincial el padre Esteban Gumucio, y junto al hermano estudiante Pablo Fontaine, partió a Roma para realizar su doctorado en teología en el Angelicum, universidad de los dominicos. Era un viaje aventurero y desafiante, porque se integraban en el primer semestre académico posterior a la segunda guerra mundial, en medio del rigor y la estrechez de la postguerra. Demás está decir que tuvo mucho éxito en sus estudios, marcando ya su predilección por el estudio de la Sagrada Escritura.

Desde su retorno a Chile en 1950 hasta 1967 estuvo dedicado a la enseñanza bíblica en el seminario de la Congregación. Años de trabajo intenso, en los cuales le correspondió enseñar todos los libros bíblicos, lo que le permitió un conocimiento muy completo de la Biblia. En este período estuvo un año en Jerusalén, preparándose para obtener el grado de Licenciado en Sagrada Escritura ante la Pontificia Comisión Bíblica. Este es el tiempo de la gran renovación conciliar, con la cual se comprometió activamente. Lo vimos trabajando en los documentos conciliares, en la Conferencia Episcopal de Medellín y en el Sínodo de Santiago de 1967. A Beltrán no le interesaba solo lo estrictamente exegético, sino la renovación amplia de los estudios teológicos, de la pastoral, y de la vivencia de la vida religiosa en la Congregación.

Dentro del proceso de renovación de la formación de los nuevos religiosos se tomó la decisión de dejar Los Perales a Santiago y de integrarse a la Facultad de Teología para los estudios. Beltrán se integra allí el año 1968 donde permaneció hasta 1999, enseñando diversas materias bíblicas, pero por sobre todo a San Pablo, que lo apasionaba. Prestó



diversos servicios dentro de la Facultad, entre ellos el de decano en los complejos años 1974-1976.

Dentro de la Congregación también prestó diversos e importantes servicios. Entre ellos cabe destacar su servicio en Roma como Consejero General de la Congregación, por el sexenio 1983-1989. En este tiempo le encargaron la misión de presidir la comisión que elaboró las nuevas Constituciones de la Congregación, aprobadas en el Capítulo General de 1988, de las cuales fue el redactor.

Se mantuvo plenamente activo y vital hasta sus 80 años, en que comenzó una serie de problemas de salud, que lo limitaron gravemente. Al punto que en este momento damos gracias a Dios por haberlo llamado a descansar en la paz de quien tanto amó.

En su larga y fecunda vida Beltrán ha sido una encarnación viviente de un admirable conjunto de valores, que en mi percepción son su más lúcido testamento; más valioso que sus excelentes publicaciones.

1. Fue un hombre profundamente humano, con una humanidad que de verdad lo hacía humilde, pese a sus brillantes capacidades intelectuales. Hizo carne la afirmación conciliar «Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (Gaudium et spes 1). Amante de la vida, de la buena comida y bebida, de la amistad, de la poesía y la música, de la naturaleza y del arte. Pero a la vez austero, trabajador empedernido, sencillo y discreto. Religioso coherente, serio y honesto, pero no condenador de nadie. Los grandes inspiradores de su vida interior fueron los fundadores de las órdenes mendicantes; primeramente, Domingo de Guzmán y luego muy hondamente Francisco de Asís. Pensaba que en una época de grandes cambios culturales estábamos llamados a hacernos cargo de la nueva realidad desde el horizonte de la pobreza de Francisco, que lo hacía hermano universal. Esta honda humanidad y humildad no fueron frutos espontáneos de su naturaleza, sino el resultado de un proceso de maduración lúcidamente conducido, que le regaló una dimensión sapiencial del sentido de los procesos de crecimiento humano, que todos tuvimos ocasión de conocer.

2. Beltrán fue un hombre de una honda experiencia de Dios, modelada sobre la matriz de la experiencia bíblica. Su Dios era el Dios de la alianza, comprometido por amor con su pueblo, pese a las rebeldías de este. Su Dios era el Dios de san Pablo, el Dios de gracia que reconciliaba al mundo consigo, por amor. Esta certeza del amor absolutamente gratuito e incondicionado era el eje fundamental de su vida. Y como su maestro podemos decir “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ... Porque estoy seguro que ni la muerte ni la vida, ni ninguna criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, mi Señor”. Hacía muy propia la expresión de Lutero, según la cual el desafío de la vida cristiana es dejar que Dios realmente sea el Dios de nuestra vida. Es el amor de Dios derramado en nuestros corazones el que nos capacita para dar una respuesta ética a Dios. Nuestra vida moral es respuesta al amor primero y gratuito de Dios; no a la inversa. Anclados en esta



experiencia se puede vivir la vida con serenidad, con confianza profunda en Dios, como un niño recién amamantado que reposa en los brazos de su madre. Y por lo mismo con honda libertad para salir al encuentro de las nuevas situaciones. Como santos, despreocupados de serlo y concentrados totalmente en el amor a Dios y a los hermanos.

3. La experiencia de fe para Beltrán era una experiencia muy hondamente personal, pero no individualista. Es una experiencia que madura en la confrontación con los textos bíblicos como canon de nuestra fe. Una fe que necesita tomar en cuenta a quienes nos han precedido en este camino; lo que hacía a Beltrán un lector habitual y meditativo de los Padres de la Iglesia. Una fe que necesita hacerse proclamación consistente de la Palabra Divina, mediante una predicación sólidamente preparada y capaz de hacerse cargo de los actuales desconciertos de los creyentes. En este contexto entiendo la permanente atención de Beltrán a los temas litúrgicos, ya desde los tiempos de la Sacrosantum Concilium y hasta sus últimos momentos de lucidez. Colaboró con la liturgia ofreciéndonos una traducción de los Salmos que es posible cantar con las melodías del padre Gelineau; y posteriormente una traducción comentada de todo el salterio.

4. Otra dimensión de su actuar, que depende de los grandes horizontes teológicos a los cuales he aludido, es el respeto sagrado por los pobres, los niños y frágiles, y los pecadores. En ellos se despliega de modo preferente el amor salvador de Dios. Su Dios era el Dios de las bienaventuranzas, del Sermón de la Montaña. Al punto que nos propuso que la gran conversión necesaria para acoger el reinado de Dios es hacerse pobre, niño y pecador. No por incapacidad personal de brillar, que no le faltaba, sino por el gozo de saberse amado gratuita e inmerecidamente. Una autoconciencia que no se quedaba en una experiencia puramente emotiva, sino que se tradujo en una urgencia por la justicia social. Es el Dios de las bienaventuranzas, es el Dios de Jesús que se encarna en la humildad del pesebre de Belén, que nos desafía a la misma cercanía amorosa con todos los sufrientes, por cualquier motivo o condición.

Despedimos a un hombre, un creyente, un hermano de comunidad de nivel superior. Del cual todos hemos aprendido mucho. Beltrán, tu lucidez nos hará falta; nos ha hecho falta ya en el último decenio de tu enfermedad. Gracias a Dios por todo lo que nos regaló por tu intermedio. Que en el Dios Padre de amor, en quien te confiaste con tanta hondura, te acoja en el banquete de su Reino, te tenga en sus brazos y te conceda la paz y el reposo definitivo. Y pídele al Señor que nos ayude a ser fieles a su gracia, para renovar nuestra Iglesia y nuestra comunidad en estos momentos de crisis.

Eduardo Pérez-Cotapos Larraín ss.cc.

La Anunciación

10 octubre 2019